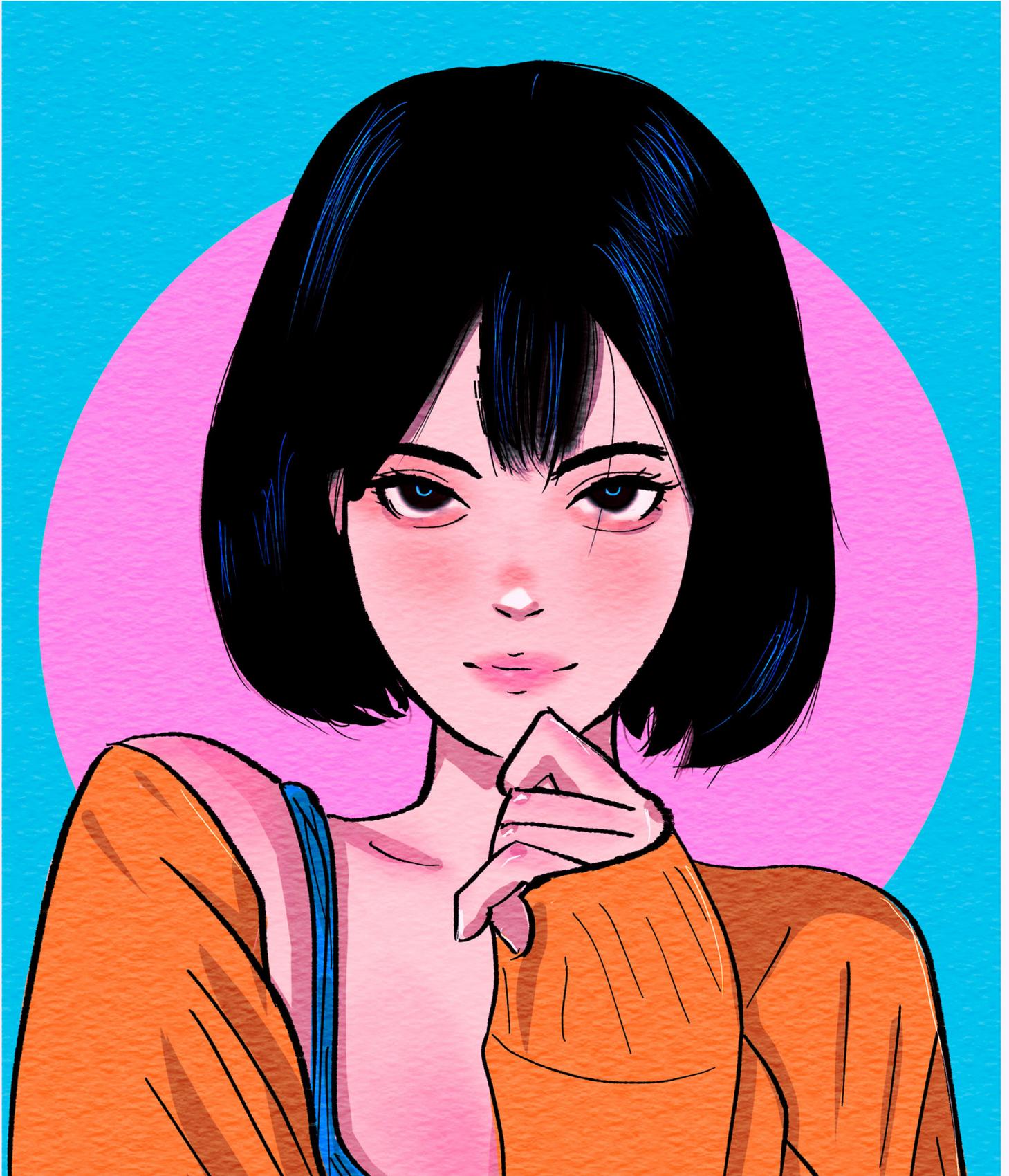


TURA

Noviembre 2022, año 1, no. 1



Eduardo Omar Honey Escandón - Aziz Córdova - Miguel Ángel Acquesta
Leonides Morales García y José Luis Ponce Pérez - Edith Guerrero Soto
Lorenza García Hegewisch - Jeovanny Elorza - Marcelo Jesús Salazar Martínez
Xavier Okari - María Susana López

TURA

Comité editorial

Lucía Castillo García

David Baizabal

Diseño Editorial PDF

Ivonne Reyes Guerrero

www.revistatura.com

Editorial

El primer número de Tura es la materialización de un proyecto ideado hace más de cinco años. A partir de ese momento tuvimos la intención de crear un espacio literario y formal para aquellos autores que a pesar de cultivar el oficio de la escritura habían tenido escasas oportunidades para mostrar su ejercicio. Los autores que seleccionamos en Tura tienen un potencial para abrirse camino en la literatura de habla hispana, ya que muestran cierta conciencia de los recursos del lenguaje necesarios para configurar su propia voz. Esperamos que esta revista los aliente a seguir confiando y trabajando en su escritura.

Para este número recibimos sesenta y dos propuestas de diversos países como Colombia, Perú, Cuba, España, Ecuador, etc., de las cuales ocho son las que mejor coinciden con nuestra línea editorial. Eduardo Omar Honey Escandón (México) participa con su cuento “Acontecer del Reino de Jauja” donde el territorio mitológico se convierte en una analogía de los problemas climáticos actuales. Aziz Córdova (México) presenta “Gran Buda americano (Panóptica del exceso)”, un poema donde se expresan los excesos de una sociedad consumista. “Preparativos para un asado de bienvenida” es un cuento de Miguel Ángel Acquesta (Argentina) en el cual se especula sobre las posibles consecuencias de una política ecológica que prohíba el consumo de carne. La parte central del número la abren Leonides Morales García y José Luis Ponce Pérez (México) con el cuento “Bestiario o de cómo se

articula lo múltiple”, un texto que aborda tanto la multiplicidad espacio-temporal como la identitaria a partir de ciertas intuiciones filosóficas. Enseguida, Edith Guerrero Soto (México), en “Otro complot mongol”, se apropia del universo de la novela negra de Rafael Bernal. Para cerrar la sección central, Lorenza García Hegewisch (México) presenta una selección de poemas de su libro inédito *Lo anterior no significa nada* que problematizan la concepción de la maternidad y del cuerpo femenino. Para finalizar este número publicamos tres poemas de Jeovanny Elorza (México) en los que se juega con el nivel formal del lenguaje y un cuento de Marcelo Jesús Salazar Martínez (México) que nos habla del duelo de un hijo y la idealización del padre con cierta tendencia hacia lo extraño. A lo largo de este número se incluyen dos obras visuales de Xavier Okari (México) y dos de María Susana López (Argentina), así como de otros pintores ya conocidos.

Agradecemos el interés que ha despertado este proyecto y esperamos seguir contando con sus propuestas. Les recordamos que Tura es una revista semestral y que la convocatoria se abre en noviembre y en mayo. ─

Lucía Castillo García

David Baizabal



Ilustración de portada y portadilla:
Xavier Okari (México 1996). Estudiante de la licenciatura de Ingeniero Arquitecto del Instituto Politécnico Nacional, Ilustrador *Freelancer* desde 2020, con estudios en dibujo arquitectónico, dibujo tradicional, acuarela, dibujo digital y modelado 3D, con repúblicas en medios digitales como *Fly City Unlimited* e *Inspirart*.

NARRATIVA

Acontecer del Reino Jauja	4
<i>Eduardo Omar Honey Escandón</i>	
Preparativos para un asado de bienvenida	12
<i>Miguel Ángel Acquesta</i>	
Bestiario o de cómo se articula lo múltiple	16
<i>Leonides Morales García - José Luis Ponce Pérez</i>	
Otro complot mongol	23
<i>Edith Guerrero Soto</i>	
Retrato	32
<i>Marcelo Jesús Salazar Martínez</i>	

POESÍA

Gran Buda americano (Panóptica del exceso)	8
<i>Aziz Córdoba</i>	
yo soy el cuerpo de Susana	25
56 kilos	25
en el vientre de mi madre	26
(abrir en caso de que un pájaro haya volado alto)	28
<i>Lorenza García Hegewisch</i>	
Instrucciones para un descenso al infierno	29
Kármán Van Vortex	30
Poema visual	31
<i>Jeovanny Elorza</i>	

Acontecer del Reino de Jauja

Eduardo Omar Honey Escandón

Dionisio tocó una y otra vez la puerta con urgencia, con la veleidosa prisa con la que apenas se puede contener un secreto. Seguían sin responder así que, desesperado, golpeó con el puño y plantó una que otra patada en el viejo maderamen.

—¡Gasterea, ábreme por favor! ¡Siento no llegar anoche, discúlpame! ¡Pero ya lo encontré! ¡Ábreme!

Tras varios minutos de inútiles esfuerzos y tener una fila de vecinos asomados por encima como por debajo del piso donde estaba su departamento, por fin desistió. Se dejó caer deslizándose apoyado contra la pared donde colgaba la soñolienta lámpara de bienvenida, el número 603 y el timbre. Sin prestar atención a lo que los vecinos murmuraban sobre su sucio aspecto, las ropas rotas y el enorme maletín de cuero con marcas diversas como navajazos y puñaladas, dejó vagar sus pensamientos. No quería decidir sus siguientes pasos, no sin antes escuchar los consejos de Gasterea, compañera de mil y una andanzas.

Dado que los gritos habían cesado al igual que la acción, los frustrados vecinos fueron regresando a sus viviendas. Dionisio, cansado, reclinó la barbilla sobre su pecho y dormitó.

—¿Qué diablos haces allí? ¿Olvidaste de nuevo tus llaves? ¡Dionisio! —resonó una voz dulce y estentórea que sacó al susodicho de sus sueños mientras era sacudido. Al mirar hacia arriba notó con alivio que el bronceo rostro de Gasterea mostraba más enojo que preocupación.

Mientras se ponía de pie, Dionisio notó que ella vestía ropa para salir.

—¿A dónde fuiste? —le preguntó mientras recogía el maletín.

—¿Importa?

—No en realidad.

—Anoche supuse que no volverías. Siempre que no llegas y no llamas es la misma historia. Pero bueno —continuó Gasterea mientras hacía girar la llave en la cerradura para abrir la puerta—, me quedé con la duda de lo que decías el otro día. Fui a buscar al Don Apolo para ver si recordaba algo. Encima de que me hizo preparar una abundante cena y esquivar sus insinuaciones, no pudo decirme más sobre el pasaje al Reino de Jauja.

—Lo mismo que me pasó, sólo que se hizo el misterioso —respondió Dionisio, traspasando el umbral y cerrando la vieja puerta—. Quizás en alguna de sus juventudes llegó a ese lugar por mero accidente, quedó asombrado y se devanea con su hallazgo de una ocasión.

—¡Lástima! Le gustó lo que preparé, por algo tengo el don, pero no se compara con lo que comió y bebió por esos lares.

—La maldición de aquellos que conocen el paraíso y luego vuelven al lugar de siempre —declaró Dionisio mientras depositaba el maletín en la mesa del comedor—. Cuando conoces y tocas el arcoíris es detestable regresar al gris mundano.

—Sí, pobre de él. Ahora cuéntame lo que hiciste anoche, Dio.

—Pues, mira...

Dionisio abrió el maletín de par en par. Estaba lleno de papeles cuya diversa antigüedad se evidenciaba por los tonos grises, sepias y óxido del papel. Además, era evidente que los trazos fueron hechos con plumas cuando eran plumas de aves y las tintas eran fabricadas por expertos alquimistas.

—¿Qué saqueaste? ¿Es la reserva especial de la Biblioteca Nacional? —inquirió Gasterea asombrada mientras extraía hoja tras hoja, pergamino tras pergamino para depositarlo a un lado.

—Digamos que fue producto de una compra donde el vendedor se quiso pasar de listo.

—¿Peleaste otra vez? ¿Te hirieron? ¿Dio?

—Fue inevitable, después de que le entregué la suma acordada me exigió el doble... por un solo documento cuando el trato era todo el lote. La mayor parte de los navajazos terminaron en el maletín aunque alcanzaron a cortarme un poco la ropa. No le di tiempo de sacar pistolas.

—¿Dejaste alguno vivo?

—¿Importa? —respondió Dionisio, se empezó a quitar la ropa mientras se enfilaba a la ducha.

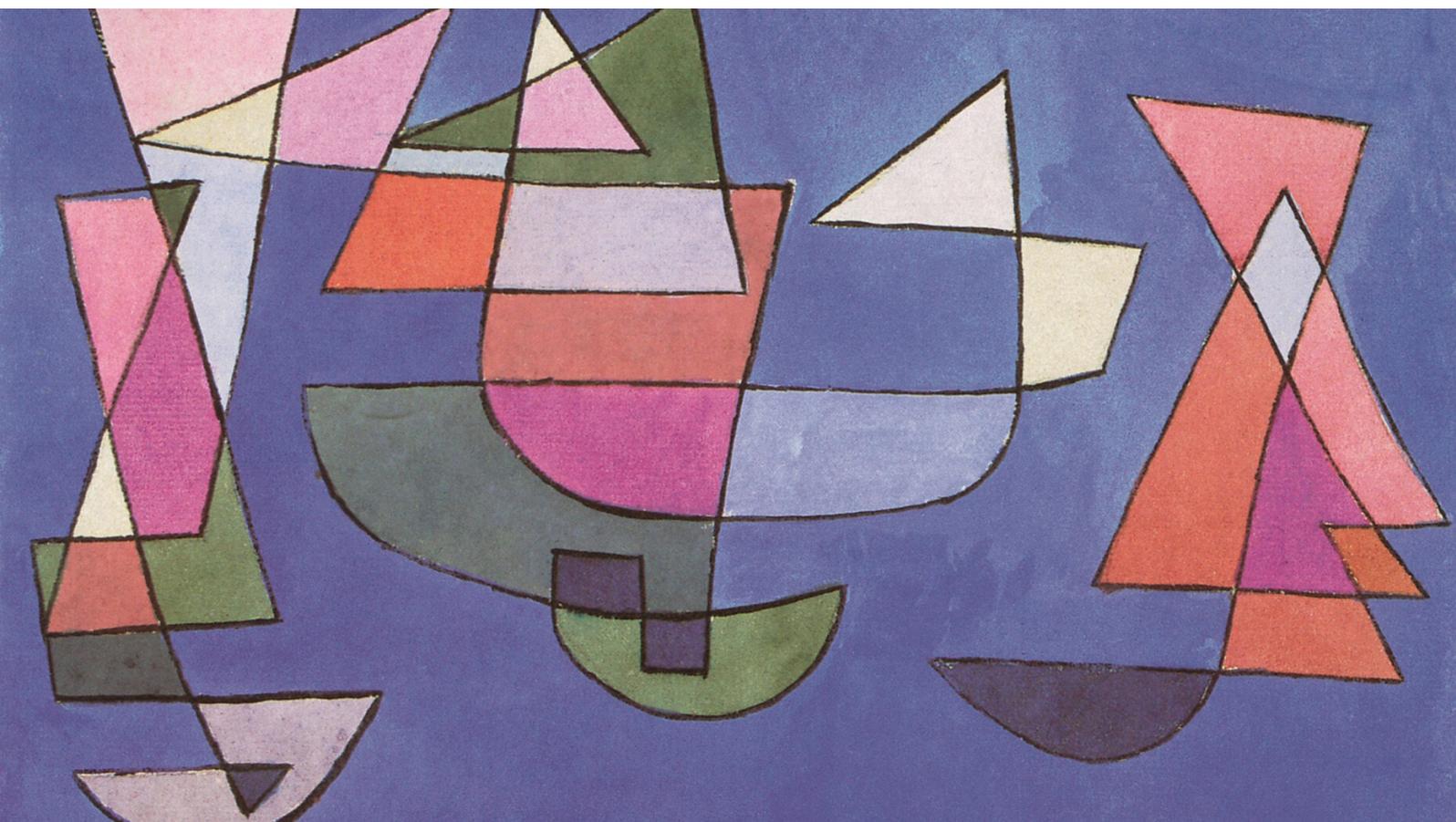
Dos días después el piso del apartamento estaba cubierto de libros, hojas, pergaminos y, al centro, un mapa de Europa. Sobre él había un entramado de hilos rojos que partían de agujas clavadas por aquí y por allá. Un manojo de hilos se concentraba en un punto en medio de los Alpes.

—¿Estás segura? —Dionisio cuestionó por quinta o sexta vez.

—Es lo que marcan los documentos del lote que adquiriste de la biblioteca personal de John Dee. A él nunca le interesó llegar al reino, estaba demasiado ocupado con eso de su mónada y defenderse de las intrigas de la corte.

—Lo que no entiendo es por qué dices que Don Apolo tenía razón. Lo que dice creo que es más mentira que verdad.

Sailing Boats. Paul Klee





Lot 58. André Masson

—“Más que la cima del Olimpo, es un valle allende los picos que tocan cielo”, ¿no es lo que te dije y luego me repitió? Eso concuerda con las transcripciones e indicaciones que Dee recopiló durante décadas. Traducciones del árabe, historias del tardío Imperio Romano, anécdotas de viajeros al inicio de la Edad Media y, bueno, la crónica del único visitante que aún sigue con vida.

—Siempre creí que era un lugar inventado ubicado en algún lugar entre Bélgica, Holanda, Alemania... no sé con seguridad. Demasiada influencia de Brueghel el viejo.

—Si fuera cierto lo que mencionas, Dio, han pasado cientos de miles de personas por allí amén de innumerables guerras. Sólo quedan pocos lugares donde rara vez las personas prestan atención o visitan.

—Nuestra versión de Shambhala. Preparemos el viaje y salgamos cuanto antes. —concluyó Dionisio.

—Pero llevemos a Don Apolo, ¿va? —cortó Gasterea y se levantó sin esperar respuesta.

Tras varios trenes, rentar un auto y viajar por diversas carreteras, por fin llegaron a un pequeño

pueblo en las alturas de los Alpes Suizos. El fondo era majestuoso, con enormes estribaciones. Una senda a un costado de las cabañas se internaba en un bosque de hojas perennes.

—¡Niña! ¿Ya lo notaste? Te lo he dicho todo el camino.

—¿Que estamos en invierno y no hay nieve? —contestó Gasterea con un toque de cansancio.

—Así es, fijate que cuando pasé por aquí...

—¿Cómo? ¿Cuándo pasaste?

—Pues no hace mucho, unos años después de que el Olimpo cayó. Deambulé por Grecia, me interné en lo que quedaba del Imperio Romano. En ese entonces hacía frío y nevaba por todos lados. Era molesto, no como ahora.

—También lo recuerdo, pero cuéntame cómo llegaste por acá.

—Fue luego de que me corrieron esos desgraciados del Reino de Jauja. Hacían aspavientos con sus alas para decirme que ya no tragara más. Pero era imposible detenerse. Igualito como lo escribió Lope de Rueda después de que le conté: “cómeme, bebeme, cómeme, bebeme” me decían todas esas deliciosas cosas que pululaban por doquier.

—No te distraigas. Entonces, ¿el Reino está habitado? ¡Dio, ven! —gritó Gasterea mientras el anciano no dejaba de hablar— ¡Don Apolo ya recordó!

Dionisio paró de negociar con los guías que los ayudarían a internarse en los Alpes para llegar a las coordenadas que habían descubierto. Se acercó a escuchar por un rato.

—... y cruzaba los ríos de miel, de leche, de vino. Tomaba mantequilla y quesones de las fuentes, arrancaba de los asadores capones o perdices, cortaba buñuelos de los árboles. El hambre nunca paraba al igual que la comida. Fue entonces que me vieron estos tipos de ojos en las alas de plumaje de mármol. Me persiguieron por días mientras yo seguía devorando todo a mi paso. Finalmente, por el peso del estómago tan hinchado me volví un poco torpe, tropecé y me alcanzaron. Grité y traté de zafarme pero me llevaron a la frontera del Reino y uno de ellos, con una espada de fuego, señaló el camino que debía seguir. Luego hablaron de que no volviera so pena de morir de hambre en la tierra de la abundancia. Bajé por el sendero y fue como llegué aquí. ¡Qué desgraciados, avaros de las bondades de ese reino!

Gasterea, sonriendo, miró a Dionisio quien, seguro por fin, asintió con la cabeza.

—Según lo que nos dijeron, este es el lugar —comentó uno de los guías. Por detrás caía la reseca montaña, rocas y pedruscos. Por encima todavía faltaban decenas de metros para llegar al borde.

—Don Apolo, ¡espere! —gritó Gasterea cuando el anciano soltó la cuerda de seguridad y echó a correr entre peñascos internándose en un recoveco. Luego de dudar, ella también se zafó y siguió los pasos de Don Apolo. Usó la dificultosa respiración de él para perseguirlo y escuchó que por detrás los demás trataban de alcanzarlos. Dio un brusco giro a la izquierda y se detuvo antes de chocar con el viejo que sollozaba.

—¡Dioses! —murmuró Gasterea cuando apreció el vasto valle que se abría ante ellos. Los guías y Dionisio los alcanzaron—. ¿Qué pasó aquí?

Nubes de polvo se levantaban de las dunas que inundaban el valle. Troncos secos, sin hojas, sobresalían por aquí y por allá.

—Igual que en el resto de Gaia —dijo Don Apolo sin parar de llorar—, el mundo se reseca al calentarse. Y aquí, los alados habitantes, perecieron al cambiar todo. Ya no tenían vino que beber.

Eduardo Omar Honey Escandón. (México, 1969) Ing. en sistemas. Autor de *Códex Obsidiana y Cósmicos espejos humeantes*. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer, segundo lugar o finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Pertenece a la generación 2020-2022 de Soconusco Emergente.

Gran Buda americano *(Panóptica del exceso)*

Aziz Córdoba

I

Mi bautismo fue en el Golden Corral de Sierra Vista
lo recuerdo:

bajo 5 mil watts
de una luz con potencia atómica
un camposanto de pollos
nos devuelve su plateada sonrisa,
hay
apenas plumas pedazajos
de piel achicharrada,
pero ni un solo muslo
para los cachorros ruidosos
diletantes del consumo,
de la nada.

ALL YOU CAN EAT

por solo \$tualma.99

II

Imagine there's no chicken

porque de pollo frito dos montañas
seven steaks cual pirámide texana
medium term
este *hommie*

en dos mesas pegadas
tiene su cena, la última dos veces
multiplicado el pan y los peces
nomás para él
en silla doble 4x4
sonrosado cual tímido ocaso
grande acaso como 24 apóstoles y dos veces Jesús
risa de obús,
manos de pan
amigo
de todas las meseras
padrino
del hijo de la güera
bonachón sin parangón

en toda esta ciudad *pop-up*
veterano
de la tropicalísima guerra
kamikaze
en las venas coronarias
cirujano
del estofado que quieras
Gran Buda americano
dios
de la acumulación originaria.

III

Y nosotros
entre vítores y maravilla
tantas cosas tan buenas
tanta carne
‘ira,
échale salsa inglesa
¿a qué?
A todo hasta las papas
mi papá
contrabandé una habanera
porque aquí nada enchila
dice
que nada es de a de veras,
aquí tenemos que cambiar de plato
qué loco
y hay nieve
puedes agarrar toda la que quieras
toda la nieve
todo el pastel
todos los *steaks*
todo el pan con mantequilla
toda la verdura, pero eso qué
hay hasta pizza aunque está mala.
Todo
qué palabra tan extraña para nuestras boquitas de Play-doh
todo
todo
hasta dónde terminará de extenderse
todo
y nada coexistiendo de algún modo
en los estantes
y nosotros,
creíamos que nuestros deseos no tenían fin,



La ciudad desbordada. Contaminación del aire. Lilia Carrillo

creíamos que nuestra hambre era planetaria
vimos en la interminable barra de comidas
lo diminutos que eran nuestros sueños de hierba y codorniz
conocimos la exuberancia como ataúd
el hartazgo
la inquietante infinitud,
nos dimos cuenta de que éramos pedestres y vanos
animales humanos
salivando
frente a la parrilla.

IV

Y él, su santidad trailera,
parado ahí frente a nos
en la fila del postre
monster
troca
ocaseando la tarde entera
Y nosotros
devotos de su circunferencia
cada quién su culto
mis primos, por ejemplo, lábiles y ocultos
decían chistes hirientes en nuestro idioma mojado
y yo en silencio
observaba sus manazas moverse

servirse obnubilado
en un ritual de óleos
generosa con creces
rebanada de pay de zarzamora
y cuando
el iluminado
puso su plato bajo la máquina de nieve
y enterró
como si puliera el horizonte de algún valle
la rebanada bajo blanca dulzura
dijo *ice cream*
y todo se hizo nieve de *sweet sweet vanilla*.
Las puertas del NIRVANA
abiertas frente a nosotros
en esa imagen
para solo los audaces,
los dispuestos
los de ojos bien abiertos.
Algunos eligieron no ver,
otros fueron parciales
eclécticos
yo seguí las tablas al pie de la letra:
pay,
montaña de nieve encima.
Y él
en su camino de regreso
en su infinita gracia
al ver con sus ojos grisáceos
mi tributo erigido
marmóleo, opulento, excesivo
puso su mano en mi cabeza
y enunció
“Gran buda americano soy
amo de tu país y el mío,
del ayer y el hoy
de planicies y canales
unjoté de las mil mantecas
provenientes de los 4 puntos cardinales”.
Amén

Aziz Córdoba (Agua Prieta, Sonora. 1995). Actualmente es lavaplatos y escribe poesía en sus ratos libres, pero los papeles se deshacen con la humedad. Cuando se pone el sol es editor en Retina de Gallo. Estas tres cosas las hace con más amor que oficio. Contacto: azizcoflo@gmail.com

Preparativos para un asado de bienvenida

Miguel Ángel Acquesta

En las desventuras comunes se reconcilian los
ánimos y se estrechan las amistades.

Los trabajos de Persiles y Sigismunda
Miguel de Cervantes Saavedra

Villa Urquiza, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, mayo de 2028.

Manuel regresó a su país en otoño de 2028 tras varios años de trabajar en diversos lugares de Europa. Extrañaba demasiado la ciudad, los amigos, los que quedaban de su familia y decidió volver. Todo era muy bello y organizado en el primer mundo, pero él nunca dejó de ser un inmigrante, un casi nadie, como lo habían sido sus abuelos al llegar a la Argentina ochenta años atrás. Había ahorrado algunos euros y pensaba abrir un comercio en su barrio y vivir de ello. Rápidamente estableció contactos con las personas queridas. Se conmovió en distintos reencuentros muy esperados. Le dolieron ausencias que desconocía. Cada mañana recorría la ciudad en colectivo, para volver a verla de cerca. Disfrutaba esos paseos entre gente apresurada que iba y venía sin prestarle atención ni valorar aquello que él experimentaba con emoción. Era feliz pisando esas baldosas gastadas de las calles que recorrió desde que se largó a caminar y los padres lo llevaban a la Plaza Echeverría cuando volvían de sus trabajos. Una tarde de miércoles lograron fijar una fecha para que todos los integrantes del grupo de amigos pudieran reu-

nirse. Se citaron en el Café de la U, frente a la estación Villa Urquiza, que les quedaba cerca a casi todos. Manuel soñaba que allí organizarían un buen asado para festejar su vuelta. ¡Cómo lo añoraba!, allá nunca había comido uno. Las pocas personas con las que se vinculó en Ámsterdam, Oslo, Copenhague, Malmo y Helsinki no tenían ni idea de la existencia de ese ritual.

Ese miércoles por la tarde fueron llegando al café uno por uno salvo Osvaldo y Ricky que, como siempre, lo hicieron juntos. Apretados abrazos, besos, alguna que otra lágrima fueron marcando el momento esperado por esos eternos muchachos que se conocían desde que tenían cinco o seis años. Se fueron ubicando en una de las mesas externas. El mozo, diligente, reunió un par de ellas de modo que se pudieran ubicar cómodos los nueve. Pidieron, para empezar, un par de cervezas con una picada y comenzó una ruidosa charla. Todos querían escuchar anécdotas y saber cosas de esos países raros donde había estado trabajando Manuel. Él por su parte se moría de ganas por empezar a organizar el asado del sábado en la quinta de Orlando o en la casa de

Yiyi, como era tradición. Tuvo que contar varios incidentes vividos en esas distantes ciudades y contestar muchas preguntas, en especial referentes a la ciudad de Ámsterdam y su zona roja. Hasta que algo agotado, planteó directamente su deseo profundo, postergado por muchos años.

—Todo muy lindo che, les voy a seguir contando todo lo que quieran pero, ¿cuándo hacemos un asado?

Los amigos lo miraron sorprendidos. “Este viene de Marte, no de Europa”, pensaron algunos.

—¿Qué asado, campeón? Estás en Argentina—, dijo sonriendo Orlando.

—Y justamente por eso—, señaló el repatriado.

—Pero ¿qué justamente? ¿Dónde vivías vos en Europa, adentro de un termo? ¿No te enteraste de la ley Carne Cero?— Preguntó incrédulo Orlando.

—No nos tomés de giles, Manu, salió en todos los medios—, dijo el Colorado.

Manuel estaba convencido de que sus amigos le estaban haciendo una broma pesada.

—No jodan, che, ¿cómo no se va a comer carne en Argentina? Díganme que no se puede tomar mate y listo, nos reímos un rato y organizamos el asado.

—Y dale con el asado—, intervino Mateo.

—Bueno, en verdad asado se puede hacer, pero no de carne—, explicó Héctor.

La cara de Manuel mutaba entre gestos de asombro y enojo por la broma que estaba sufriendo.

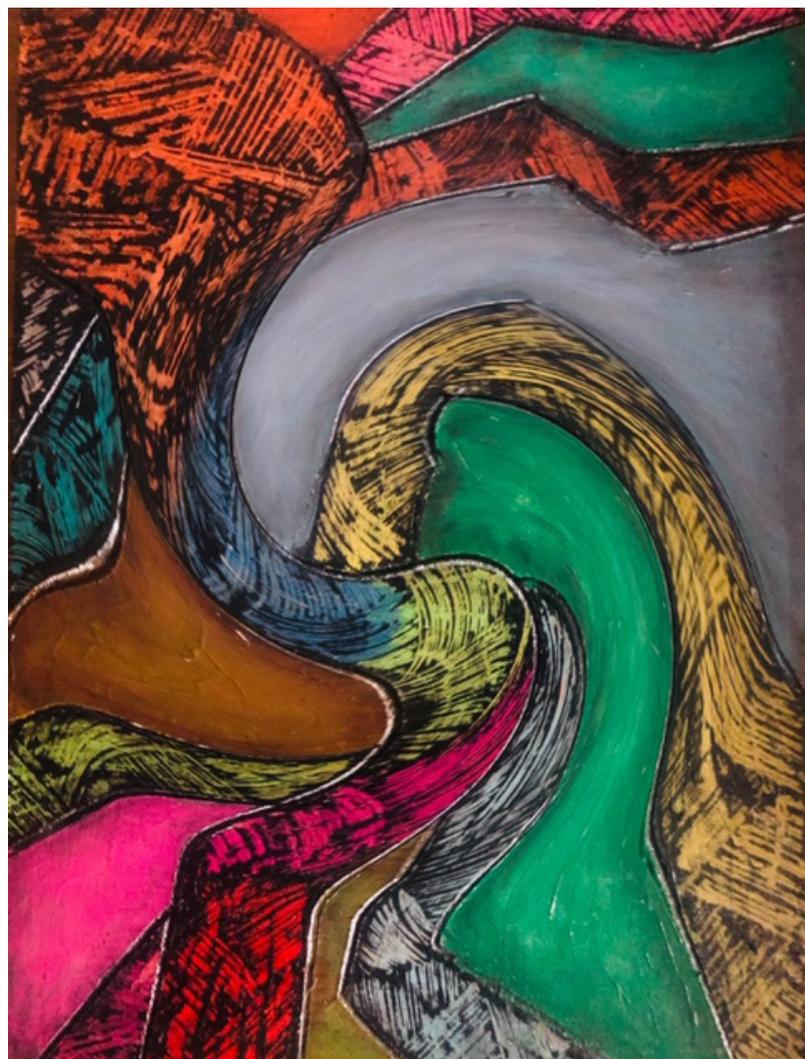
—Dejen de joder. ¿Asado de qué va a ser si no es de carne?

—Explicale vos, Joaquín, que sos abogado y sabés bien el asunto de las leyes esas—, sugirió el Colorado.

—¡Que hable el doctor! —, se escuchó.

Sonriendo, Joaquín arrancó mirándolo a los ojos a Manuel, de modo que se diera cuenta de que le hablaba en serio.

—Bueno, vos viste que la ONU y otras organizaciones internacionales investigaron la incidencia del consumo de carne en la catástro-



Sin título. María Susana López

fe ambiental que estamos viviendo y el efecto negativo que tiene para la salud humana.

—La verdad es que algo escuché, pero casi nada. Allá yo no leía los diarios ni veía televisión, en realidad nunca supe una palabra de finlandés, ni de sueco ni de nada. Para los trabajos que yo hacía no hace falta entender nada. Vos limpiás y los tipos te pagan. Vas al negocio con guita y le señalás lo que querés y los tipos te lo venden. A veces dicen cosas que vos no entendés y si les notas la cara de que te están gastando, los mandás a la mierda y te vas. Ellos tampoco te entienden ni les interesa que les cuentes cómo jugó Platense—, explicó Manuel, algo más serio, debido a que la cara de Joaquín no denotaba estar contando chistes.

—Se nota. Te la hago corta. Tomando en

cuenta múltiples investigaciones científicas que afirman que la ganadería es la responsable de los graves problemas ambientales. Mirá, para que tengas una idea, el sector es responsable del catorce y medio por ciento de los gases de efecto invernadero que se producen en el planeta. Y además del nueve por ciento del dióxido de carbono, del sesenta y cinco por ciento del óxido nítrico, del sesenta y cuatro por ciento del amoníaco que produce la lluvia ácida, del treinta y siete por ciento de todo el metano, el gas que genera el efecto invernadero. Bueno, justamente las vacas son los organismos que más metano emiten.

Joaquín hablaba con verdadera convicción, Manuel entendió que había abandonado su antigua militancia política por esta causa medioambiental, al tiempo que pensaba: “¿Pero si las vacas son tan viejas como el hombre cómo es que no pasaba todo esto hace veinte años?” Pero no se animaba a abrir la boca para interrumpir el entusiasta discurso de su amigo.

—La ganadería acapara el veinte por ciento de la biomasa animal terrestre del mundo. Es responsable de la deforestación de miles de hectáreas de bosques, afecta los ecosistemas, utiliza combustibles fósiles y muchos daños más provocados por esa sobre explotación de los recursos naturales. ¡Para producir un kilo de carne de ternera se derrochan quince mil litros de agua, imaginate! Sin contar el sufrimiento animal. Por todo ello nuestro país fue pionero junto a los gobiernos más progresistas del mundo en legislar en la materia y así, desde el año pasado, rige la Ley 87.965/27, aprobada con el voto de las dos coaliciones mayoritarias, que prohíbe la actividad ganadera en todas sus formas en el territorio de la República Argentina.

Manuel sabía que todo era posible en su país, pero le costaba creer que hubieran llegado a tanto, siendo esa una de las históricas fuentes de recursos de la nación.

—Pero y la Sociedad Rural y la gente del campo, ¿nadie protestó?—, preguntó.

—Se consensuó todo un año antes. Los países

del G-20 apoyaron en forma activa la decisión. Se pidió un préstamo para reconvertir la matriz productiva de 150 millones de dólares pagaderos en 50 años, que sumado a créditos a tasa cero de la FAO y aportes de diversas fundaciones, entre ellas la de Bill Gates, permitió generar el Fondo de Reparación para la Industria Ganadera y su correspondiente Instituto Nacional con mil empleados. Por su intermedio se indemnizó, a valor de mercado, a todos los ganaderos y se les otorgó incentivos impositivos por diez años para que reorienten su producción en actividades no contaminantes, por ejemplo, no sé, plantaciones que abastezcan a la industria del cannabis medicinal o, con el apoyo de Bayer, volcarse a la plantación de soja—, le explicó Ramiro. —Nadie perdió, *win win*, y todos contentos.

—Ah, y si querés comer carne, aun sabiendo que es malo para la salud y te provoca cáncer, podés comprar la carne sintética que fabrican las subsidiarias de las dos cadenas norteamericanas, Beyond e Impossible. Las carnicerías se fueron sumando a esas dos líneas de venta globales y comercializan ese producto que fabrican a partir de tejido muscular cultivado, proteínas y descargas eléctricas, un proceso complicado para mi saber. Además, tenés los productos vegetales que imitan a la carne, qué sé yo, una hamburguesa de zanahoria o una morcilla de berenjena, que ya había en el mercado hace rato y vos seguro conocés.

Se produjo un silencio. Manuel estaba desconsolado. Su anhelo histórico de volver a comer un asado con sus amigos se había esfumado en un par de horas. Empezaba a añorar los seis meses de oscuridad en Malmo. El Colorado vio su rostro demudado y le dijo sonriente mientras lo tomaba del hombro derecho.

—¡Pero no todo está perdido, Manu! Esto es Argentina y nosotros somos los Invencibles de la Plaza Echeverría.

—¿Y entonces?

—¡Y entonces, que vamos a hacer el asado de bienvenida como corresponde!—, exclamó el Colorado con su energía característica que

lo distinguía desde pibe en todas sus acciones. Siempre era el primero en agarrarse a las piñas con los pibes del cuadro contrario por algún gol dudoso que era necesario dirimir.

Hubo aplausos, gritos y alguno que otro brindis con la cerveza que quedaba en los vasos y estaba un poco caliente. El único que permaneció distante del festejo fue Joaquín, al que se lo notaba disgustado.

—¿Te acordás del Ruso, el de la remisería?

—Sí. Cómo no me voy a acordar. Él me llevó a Ezeiza el día que me fui. No sé qué lío tenía con los papeles del auto y se metió por Lugano, casi pierdo el avión. Un loco lindo el Ruso.

—Bueno, con el tema del remise hizo un contacto en San Martín. Hay unos muchachos que operan en la Tranquila y te consiguen la carne que querés. Carne carne, te digo, no beefy. Se la encargamos y uno va con él a buscarla con la guita en efectivo. Los tipos te dicen dónde te la van a entregar, puede ser al costado del Cementerio, en una florería por Coronel Mom, o cerca de la

cancha de Chaca, por Mitre en el taller de frenos o en la mueblería de abajo del puentecito del ferrocarril, te van cambiando el lugar. Está cara, pero es buena, vale la pena. Hay que hacer todo con mucho cuidado, si te agarran vas en cana. Es un delito federal. Así que ahora mismo lo llamamos al Ruso y le hacemos el pedido, sabiendo que es porque volviste vos se va a prender y Armando seguro también.

—Qué lindo, vamos a comer un rico asado y después nos quedaremos a charlar hasta cualquier hora frente a las brasas como antes—, dijo Manuel sonriendo mientras recordaba muchas noches compartidas frente al fuego.

Ninguno quiso arruinar ese momento emotivo, el sábado le explicarían que no se podía usar más carbón y mucho menos madera para ninguna actividad de combustión por su efecto contaminante. Todas las parrillas o elementos de cocción tenían que ser eléctricas. Se quedarían charlando hasta la madrugada, frente a las brasas de plástico iluminadas con luces LED bajo consumo.

Miguel Ángel Acquesta. Nacido el 2 de junio de 1949 en Núñez. Licenciado en Psicología por la UBA. Publicó numerosos artículos científicos y ocho libros sobre la Psicología del Desarrollo. Varios de sus cuentos formaron parte de revistas literarias y antologías: Becario del Fondo Nacional de las Artes en Letras en 2018, produjo "Luces en la oscuridad. A 21 años de la masacre de Ramallo", inédita. Publicó el libro de cuentos *Relatos Urbanos*, Editorial Vanadis. Buenos Aires, 2021 e *Historias de asfalto*. Misma editorial 2022.

María Susana López. Profesora de Ciencias Naturales y Enseñanza Primaria, artista plástica, ceramista, escritora amateur. Contacto: lolalopez31@hotmail.com

Bestiario o de cómo se articula lo múltiple

Leonides Morales García - José Luis Ponce Pérez

En un olvidado café de la calle *Tierra Plana*, un viejo y un niño merodean pidiendo unas monedas, mientras el clima, entrada la noche, se avecina tempestuoso. Patas de Cabra, quien se halla en una mesa poco iluminada de aquel lugar, busca algunas monedas en su raída chaqueta para ofrecerlos a aquéllos. Afuera ya caen sobre el asfalto las primeras gotas de lo que a todas luces será un aguacero. Rana Cazadora, la segunda entidad sentada en la misma mesa, se ajusta sus maltratados anteojos, bebe ligeramente de su tarro y dice:

—Sería interesante mezclar la redacción de un bestiario con tu proyecto de escribir un cuento sobre las múltiples personalidades de un individuo y así, usando la forma de un catálogo de bestias, enumerar las distintas facetas de su personalidad.

Con un notable interés, mientras entrega al infante las monedas halladas, Patas de Cabra responde:

—¡Claro! Es una buena manera de describir las múltiples personalidades que habitan en un único individuo. Habrá que proceder.

—Y... ¿acaso no te parece que eso se asemeja mucho al problema de lo uno y lo múltiple?

Ambos seres dibujaron una sonrisa, porque así, por unos momentos, recordaron las viejas discusiones que solían tener en la Facultad, hace años no visitada. Entre tanto, la lluvia no se hizo esperar y cayó con intensidad.

El león inmóvil

Ranulfo recordó la figura de Gina mientras se hacía cargo de la videocámara con la que grababa la clase magistral de la Dra. Kranz en el salón contiguo a la segunda sección de la magna biblioteca de su Facultad. En eso estaba cuando furiosa y lapidariamente sentenció en su mente: “¡Cómo desearía no estar aquí! ¡El servicio social es una basura!” La explicación que en ese momento hacía Kranz sobre la analéctica, pretendida superación de la dialéctica hegeliana, le tenía sin cuidado. Él deseaba ante todo desaparecer de ese lugar, pero no podía hacerlo porque estaba obligado

a cubrir el tiempo de la clase. Por instantes se sentía a sí mismo como un *león enjaulado*, pero ni siquiera podía deambular como uno.

Ranu, como le decían sus más cercanos, era un tipo extraño debido a su apariencia y raras costumbres. Solía llevar el cabello largo y suelto, aunque también era común verlo con una gorra de los Acereros. Usaba con frecuencia unos pantalones rojos y playeras holgadas, generalmente blancas. Su madre bromeaba con él al decirle que se asemejaba más a un león feo y sucio que a un estudiante universitario. A Ranu



El Carnaval del Arlequín. Joan Miró

le fascinaba ensimismarse en sus pensamientos y tenía una inusual forma de expresarse, pues no perdía la oportunidad de hacer formalizaciones lógicas, fueran modales o predicativas, cada vez que le pedían su opinión sobre ciertos temas. De manera que gozaba de terminar sus escasas intervenciones con un: “Así es, chicos. Por lo tanto se puede concluir que para todo x , existe

una y tal que...”. Una gama de simplificaciones a conjuntos y subconjuntos que, para él, sólo la representación simbólica podía describir mediante las formas más abstractas posibles. Sin embargo, el intento de vislumbrar los hechos del mundo a través del espacio lógico corre el riesgo de un inevitable solipsismo.

El roedor de alas rotas

Muy alto en el cielo, un ratón es llevado en las garras por una imponente águila. El águila al cansarse de los chillidos del roedor le dice con voz firme:

—¿De qué te quejas, infeliz? Alguien más fuerte que tú, ratón débil, te lleva a donde quiere,

¿qué tiene eso de especial? ¡Es la ley de la vida!

Ranu decía sostener una relación sentimental con una chica. Cierta sábado por la tarde la vio donde ella trabajaba. No sabía cómo se llamaba pero le había puesto el sobrenombre de Gina, quien materializaba el tipo de mujer

que él deseaba, producto de su afición por los modelos *cosplay* y su adicción por las películas pornográficas de tintes fetichistas. Ahí estaba ella como de costumbre. Acaso tendría unos treinta años. Tenía el cabello suelto y teñido de un rubio brillante platinado que con el paso del tiempo se había tornado grisáceo, resultado de algún tinte de mala calidad. Ese día sus piernas lucían bien torneadas, ¿o quizá era lo contrario? Sus zapatillas y vestuario resaltaban al máximo su figura, ¿o tal vez conseguían lo opuesto? En todo caso, Ranu había planeado hablarle desde meses atrás. ¿Por qué él la había escogido? La respuesta podría ser tan compleja, o tan simple, como responder a por qué Ranu no dejaba de usar esos pantalones rojos. El punto es que en esa ocasión pasó muy cerca de ella como lo había hecho muchas veces desde el primer momento en que la vio. Según él esa vez sería distinto porque estaba dispuesto a descubrir su nombre real y se atrevería a invitarla a salir. “¡Ahora sí! ¡Tiene que ser ahora!”, se decía a sí mismo una y otra vez. Sin embargo, esa tarde no fue diferente a las anteriores. Pasó a su lado, muy cerca, casi sintiendo su respiración. Él tenía el corazón latiendo a toda

velocidad, pero únicamente sintió su mirada y, sin voltearla a ver en ningún momento, continuó sus pasos acelerados a la vez que una voz estrepitosa yacía en su cabeza haciéndose cada vez más fuerte y constante: “¡Te faltan agallas, Ranu! ¡Siempre te han faltado, infeliz!” Esta voz grave y resonante se mantuvo con ese mismo ímpetu por largas horas.

No está de más decir que a Gina le gustaban las águilas. Se imaginaba siendo una y que surcaba el cielo con las alas extendidas cazando y asustando a pequeños roedores o aves menores. Quizás, sin saberlo, Gina se había convertido en una especie de águila temible para Ranu, mientras que a él no le quedaba más remedio que continuar huyendo, pues a los pequeños ratones no les está permitido cortejar al águila que los devora.

—¡Buenos detalles!— Dijo Patas de Cabra dejando de leer. Y prosiguió:

—Aunque, ¿no crees que con esa historia sólo nos estamos proyectando a través del personaje?

Rana Cazadora esbozó una sonrisa mientras advertía:

—Puede ser. Pero sería mejor no averiguarlo.

El dragón acuático

A Ranu le encantaba nadar en el mar de la internet. Sólo ahí decía ser en verdad libre. En gran parte de los sitios virtuales que frecuentaba ingresaba con el sobrenombre de *Dragón Acuático*. En la internet acostumbraba ver toda clase de videos y páginas web desconocidas para muchos, aunque recurrentes para sectores que invierten la mayor parte del tiempo en leer y comentar las opiniones de usuarios anónimos sobre sus gustos en *anime*, manga o videos gore. Era un chico solitario que contaba con pocos amigos, quienes trataban con poco éxito de sacarlo de su aislamiento. Los pasatiempos y gustos de Ranu se entremezclaban en una rara combinación de gore

con series japonesas y tendencias *cosplay*. Ocupaba sus conocimientos de lógica elemental para discutir en foros que sólo visitan unos cuantos. Las pocas veces que iba a la biblioteca era para buscar autores que han centrado sus investigaciones en “demostrar” las inconsistencias lógicas de la psicomagia de Jodorowsky o quienes han invertido su tiempo en “refutar” los manuales de superación personal de Osho o Coelho.

Una tarde llegó a su casa y devoró sus alimentos sin voltear a ver a nadie. No entendió muy bien lo que le decía su madre. Al término de su comida se levantó a toda velocidad y sin decir una sola palabra ni recoger sus platos sucios se

encerró en su habitación como de costumbre. Allí pasó cerca de cuatro horas navegando en su página web preferida, *Grave-chan*, viendo memes que aún no circulan en Facebook y negociando las nuevas cartas casi inconseguibles de *Warriors of Ice*, cuando de pronto se dijo a sí mismo: “¡Yo, *Dragón Acuático*, poseo diferentes habilidades para acechar a mis presas y devorar información de mis enemigos sin dejar rastro! Soy como un pez en el agua o, mejor aún, un gran cazador de las profundidades. ¡Debí haber sido alguna especie de animal acuático en mi otra vida! ¿O acaso lo seré en la siguiente?”

—Un cuento debe desarrollar una historia sencilla sobre algún tema específico, sin ahondar excesivamente en detalles acerca de la personali-

dad del personaje. Creo que nuestra descripción está siendo demasiado amplia—. Señaló Patas de Cabra.

Rana Cazadora sólo se limita a responder:

—Es cierto, quizás debamos corregir ese punto.

Mientras llueve intensamente, los dos seres sentados en el café discuten qué otra bestia podría encubrir aquel personaje. Entonces, Rana Cazadora sugiere que Ranu podría contener una bestia temible y peligrosa.

—Sería genial darle mayor énfasis a las voces que escucha Ranu. ¡Eso estaría lo-quí-si-mo!— Acentuó Rana Cazadora.

La bestia bicéfala

Como ya era habitual, Ranu salió de su clase alrededor de las ocho de la noche. En ella habían revisado por tercera semana consecutiva la proposición 4.001 de su libro favorito, el *Tractatus Logico philosophicus* de Ludwig Wittgenstein. Mientras caminaba sobre el sendero que atraviesa los campos situados al lado norte de su Facultad (la magna Facultad de Letras de alguna magna universidad), un viento ligero le sacudió el cabello, pero eso no lo distrajo de seguir pensando en el *Tractatus*. “La totalidad de las proposiciones son el lenguaje”. “La to-ta-li-dad de...”, repetía una y otra vez para sus adentros sintiendo que esas palabras entrañaban algo más. De pronto un pensamiento autoflagelante lo asaltó de manera repentina: “¿Acaso mi existencia tendrá algún sentido sin leer a Wittgenstein?”

En eso estaba cuando recordó que tenía que responderle a su amigo Gilo, quien le había llamado por teléfono el día anterior, justo en el momento en el que Ranulfo se encontraba en un foro web de discusión debatiendo con *Ranger666* sobre las inconsistencias argumentativas

del veganismo. Ranu no había tenido fuerzas para responder la llamada porque en ese instante la doble voz se manifestó en su conciencia, despojándolo de fuerzas.

Fue en aquel sendero de su escuela donde la idea de no haber tenido fuerzas lo llevó a rememorar aquella pregunta con la que en días recientes se había estado atormentando: “¿Yo soy uno o soy dos?!” , palabras que resonaron en su cabeza con la misma intensidad que la proposición 4.001, con la que ahora estaba enfrascado. Le fustigaba la posibilidad de que existieran en él dos personalidades distintas, de ánimos contrapuestos y que derivaran progresivamente en afirmaciones sin sentido, casi como tener dos cabezas.

Ya en su casa, con las mismas dudas que lo asaltaban sin cesar, quiso gritar, pero temió que su madre lo escuchara y notara que algo estaba mal en él. Esa noche tuvo que convivir con las proposiciones resonando en su interior y el auto-reproche hacia su falta de fuerzas. “¡Nulfito! Es hora de lavarse los dientes e ir a dormir”, gritaba su madre. Ranu, o, quizás sería más apropiado



Black Hollyhock Larkspur. Georgia O'keeffe

decir, los dos Ranus, estaban ahí. ¿Acaso había vuelta atrás? En esa tormentosa noche, Ranulfo no podía dejar de cuestionarse entre sudores fríos y la incertidumbre que lo consumía: “¿Y si todo este tiempo he sido más de dos?” Sentía la necesidad de responder sin más, pero era obvio que aquellas proposiciones habían generado alguna especie de choque sináptico. De pronto, esa voz estrepitosa volvió a resonar con más fuerza para sus adentros: “¡Ya has perdido la razón, Nulfito!” Ranulfo se asustó mucho, corrió hacia el *Tractatus*, único libro que se hallaba en el escritorio de su habitación, lo tomó y se metió con él bajo las cobijas hasta quedarse dormido mientras se reproducía en su computadora el video *Debate entre ateos y creyentes: ¿cómo desbancar el argumento de un creyente mediante los recursos de la lógica modal?*

—¡Has vuelto loco al personaje! Ya habíamos comentado que era fácil hacerlo y que muchas historias terminaban en eso, pero de lo que se trataba era de darle un sentido diferente—. Señaló Patas de Cabra con cierta aspereza.

—Tienes toda la razón—. Respondió Rana Cazadora, mientras continuaba diciendo:

—Al parecer, ése es un proceder común en las historias hollywoodenses. Una marcada tendencia en adjudicar dobles o múltiples personalidades que sólo se explican al final del libro o de la película y que quizás muchas veces son predecibles.

—Con esta cuarta bestia —afirmó Patas de Cabra— nos hemos metido en un callejón sin salida, pues si al personaje lo ha invadido una crisis psicótica, ¿qué otras alternativas hay para continuar o concluir el bestiario? ¿Finalizará con esta bestia delirante?

El ángel de la locura y el ángel de la razón

Ranu tuvo una crisis psicótica en aquel lugar donde acostumbraba ver a Gina. Ésta no supo nunca de la existencia de aquél hasta esa tarde. El escenario demencial se suscitó cuando Ranu no soportó la presión de ver a un individuo acercarse a ella y decidió abalanzarse sobre él con una rama en la mano, gritando: “¡Déjenla, déjenla en paz!” Fue ahí, en ese lugar, donde Gina conoció por primera vez a Ranu, y aunque lo creyó un pobre diablo más, lo recordó por el resto de la tarde. Una semana después de ese incidente Ranulfo fue internado en un hospital psiquiátrico.

Patas de Cabra carcajeó al escuchar el final tan apresurado.

—Creo que estás concluyendo la historia de manera abrupta.

Rana Cazadora contestó sonriendo:

—Todo parece indicar que sí. Pero pensemos un momento las cosas. ¿Qué otra opción podría tener alguien con ese estilo de vida?

Patas de Cabra se sobresaltó y respondió:

—¿Intentas decir que las posibilidades son reducidas?, ¿que la vida nos conduce invariablemente a ese final caótico? Pero, ¿qué tal si ahora nosotros, en lugar de llevarlo al delirio, le concedemos la posibilidad de ser feliz siendo lúcido? Y a todo esto, ¿por qué tanta obsesión con la locura? Rana Cazadora respondió sólo con una sonrisa a la vez que sorbía de su tarro. Y es que él se había apropiado de una vieja máxima nietzscheana que al punto reza lo siguiente: “Hay un poco de razón en la locura como también un poco de locura en la razón”.

La bestia de las mil posibilidades

“Y la bestia arrancó los brazos a los ángeles...”

Ranu caminó en ambas direcciones, mejor dicho, caminó en todas las direcciones simultáneamente. Caminó hacia el sur hasta las granjas de gansos cercanas al lago. Caminó al norte hasta los muelles. Caminó hacia el oriente siguiendo el ruido de las cascadas de cristal. Caminó hacia el poniente, hasta el lugar donde el sol muere cada día. Caminó de noche bajo el amparo de Arturo, la estrella más brillante de la constelación del Boyero. Caminó de día en el desierto bajo el calor abrasante capaz de derretir plata. Caminó sobre el mar evitando las partes más inestables. Caminó sobre la carretera olvidada que se dirige a Montevideo desde la estación Insurgentes. Caminó mientras dormía y caminó mientras soñaba. Incluso caminó mientras no caminaba. Y en cada lugar al que llegó encontró lo que buscaba. Ranu decidió buscar a sus creadores. Así que caminó

en dirección a la montaña más equidistante de los cuatro puntos cardinales. Sobre la montaña, al atardecer, sentado y contemplando medio mundo, preguntó a sus creadores:

—¿Cuál es el sentido de que yo exista? ¿Para qué fui creado?

Entonces el Ángel de la Locura, sentado a su derecha, sorbió su café americano y le respondió:

—Fuiste creado para enloquecer.

Ranu se estremeció, no entendía por qué su creador tenía ese fin contemplado para él. El Ángel de la Locura continuó:

—Porque sólo en la locura está la culminación de tu vida sin sentido.

A su vez, el Ángel de la Razón, sentado a su izquierda, respondió mientras miraba el cielo entre nublado y contaminado:

—Fuiste creado para ser racional, pero eso, de manera lamentable, te puede llevar al delirio.

Ranu, aburrido de sus creadores, se levantó y caminó simultáneamente en todas las direcciones. Llegó a un lugar donde no existía nada, salvo algunos televisores viejos. Encendió uno. Ranu de rodillas frente al televisor trató de sintonizar algún canal que no tuviera estática. Después de varios intentos sintonizó algo nítido. En la pantalla aparecía, en tonos grises y blancos, un sonriente locutor vestido de traje a cuadros con un enorme micrófono en la mano.

—Tampoco el agua sería real para los peces, si éstos fueran de hierro—. Dijo el locutor gris con tono irritado mientras dejaba de sonreír.

En el café, Patas de Cabra y Rana Cazadora se preguntaban si acaso la historia que construían se podría distinguir de otras más por el sólo hecho de mezclar elementos wittgensteinianos y un poco de criterios lógicos con reflexiones nietzscheanas sobre la locura. Ambos ponían en duda la propia originalidad de la historia.

Fuera del café, muy a lo lejos, bajo un puente, un indigente leía una historieta sobre dos tipos que escribían un cuento sobre un tercer tipo. “¡Qué historia más insípida!”, señaló el indigente mientras cerraba la historieta y se iba caminando en todas las direcciones simultáneamente.

Otro complot mongol

Edith Guerrero Soto

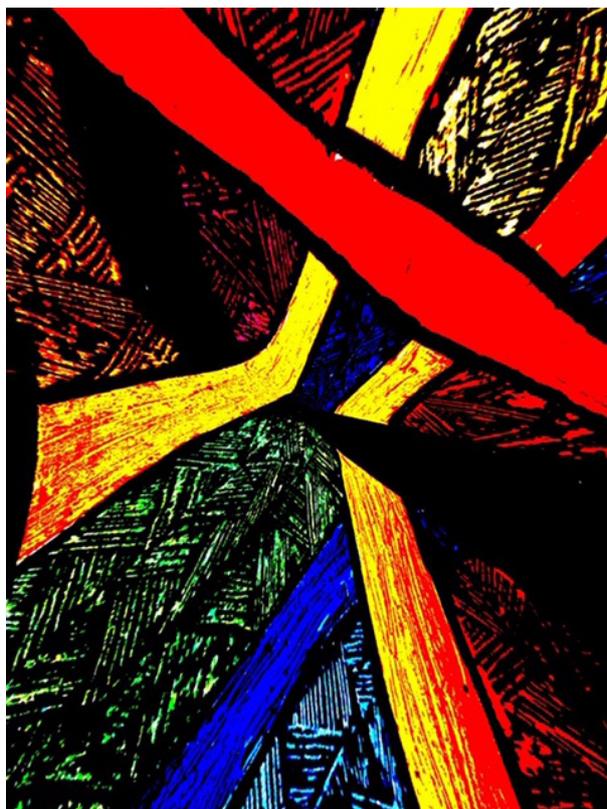
Entro a una tienda del pequeño barrio chino en el ombligo de la ciudad de México. Paseo entre anaqueles atiborrados de artículos, todos me parecen inútiles. Finjo mirar los budas y las monedas de la suerte, en realidad, los huelo. Ante el fracaso de la mal llamada nariz electrónica desarrollada por la NASA, el Instituto del Olor, para el que trabajo, me encargó actualizar el registro de los vapores expelidos por la raza amarilla. A falta de presupuesto para enviarme a China tengo que hacer el trabajito con esta mísera muestra. Nunca he entendido cómo podemos mantener la idea de ser competencia para las grandes potencias mundiales.

Dos ojos rasgados me siguen...

Los documentos indican que los chinos huelen a jengibre, a tinta china, a raíz de ginseng, a salsa de soya, a teatro de sombras, a arroz glutinoso, a comunismo. Intento olfatear esa antigua cultura de dinastías, budas y leyendas con dragones-león cubiertos de escamas con cuernos, bigotes, garras y una curiosa nariz de perro.

—Son de polcelana kraak. —Me dice el dueño de los ojos orientales, refiriéndose a las macetas que tengo frente a mí.

—¿Y este es el precio? —Le pregunto mientras tomo la etiqueta que cuelga de una de ellas, al mismo tiempo que enfilo mi nariz hacia su cuerpo. Siento sus dedos rozando mi mano, se llevan la etiqueta. Las partículas aromáticas que salen volando de su cuerpo acarician mis receptores olfativos que se abren para tragar su aroma.



Sin título. María Susana López

En una milésima de segundo, la temperatura de mi cuerpo aumenta, el calor se concentra en mis sienes.

—Si se anima a complala le podemos hacer un descuento. —La voz intenta distraerme.

—Eh... ¿Descuento...? ¿De cuánto?

—Acompañeme por favor.

Mis pies reciben la orden de seguir el rastro de los millones de moléculas odoríferas desprendidas de su cuerpo que, por cierto, más que a un chino, parece corresponder a un tailandés debido a su metro ochenta de estatura, al ancho de su espalda y lo grueso de sus extremidades.

¡Y a mí que nunca se me ha hecho con un chino!

Mientras me pregunto la diferencia entre el olor tailandés y el chino, observo cómo se abre una puerta de madera adornada con un lienzo en el que se ve a una pareja cruzando un puente, enmarcados por caracteres dorados. Pienso en cuánto me gustaría pasear por esos jardines paradisíacos de origen milenario en busca del

elixir de la eterna juventud. La fragancia dulce del opio me abre los ojos, salgo de mi ensueño a punto de alcanzar la inmortalidad oculta en aquel jardín. Escucho la puerta que se cierra a mis espaldas. Inhalo profundo, deseo registrar correctamente la esencia de este cuarto. Mi olfato conduce mi mirada hacia el hombre de los ojos asiáticos que se ha sentado frente a un escritorio, su mano derecha posada sobre un ábaco llama mi atención. Sus dedos recorren rápidamente las cuentas de jade, provocando que despidan su esencia. La mezcla de todos estos olores me conduce a un delirio pasional. No lo resisto. Me inclino recargando los codos sobre la mesa, poco a poco acerco mi cara a la palma de su mano. Interrumpo su aritmética. Mi nariz roza su piel de paja, siento su mano izquierda sobre mi cabeza, percibo cómo desliza las falanges de sus dedos entre mis cabellos.

Pongo toda mi atención en las señales químicas de su aroma y en las respuestas eléctricas que provocan en mi cerebro; en las prolongaciones nerviosas de mis células por las que penetran a mi bulbo olfatorio a través de los micro-orificios de mi cráneo. Experimento un gran deleite en la nuca que se extiende hasta una región que ya no es materia. Cierro los ojos con calma. Busco el lugar idóneo para almacenar el aroma de este hombre, quizá junto a los mejores placeres, el

rincón más seguro de mi memoria. Fantaseo con un fuerte aumento de estrógeno y lo responsabilizo de este comportamiento que me obliga a recorrer con la punta de la nariz todo su brazo, le encuentro el cuello, le recorro cada milímetro de la quijada hasta llegar a la barba.

Mi garganta es un hormiguero, de mi boca brota un manantial, mis labios son tenaza. Me descubro plenamente consciente de su perfume. Me aventuro a subir a la boca, me llega un breve recuerdo del té de jazmín.

¡Aah! Todo indica que por fin se me hará con un chino.

Me inquieto, sincronizo la respiración con cada movimiento, percibo el aumento del placer. Abro los ojos y encuentro su mirada. Pasea sus dedos por mi cara, me pierdo en la carne de sus labios. Sus manos aprietan mis hombros y luego van a mis brazos. Se pone de pie y pega su cuerpo al mío. Los instintos de nuestras bocas se encuentran.

Un hedor me frena, es denso y agrio, va en veloz incremento. Me perturba, pero lo identifico: es el displicente aroma de la desconfianza. Descubro en el biombo junto a nosotros una lucecita roja que sale de una especie de micrófono, lo tumbo de una patada, descubro alarmada la mesa de un laboratorio de química.

¡Pinche Mongolia Exterior!

Edith Guerrero Soto. De la ciudad de México. Se inició en la escritura de cuentos en 2017 en el Taller de cuento erótico para mujeres del Centro Cultural El Juglar, posteriormente participó en el Taller de narrativa del Museo de la Ciudad de México y en el Taller de José Antonio Lugo. Ha publicado algunos cuentos en la revista *CODEX SULPURISTA*. En la actualidad cursa la Licenciatura en Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México-UACM. Contacto: edithgsmx@yahoo.com.mx

María Susana López. Profesora de Ciencias Naturales y Enseñanza Primaria, artista plástica, ceramista, escritora amateur. Contacto: lolalopez31@hotmail.com

*yo soy el cuerpo
de Susana*

resisto
contra el cuerpo
me quito la piel
extravío el Yo
invento mi propia corriente

que no falte
que se quede
aquí
conmigo

ven, lloremos juntas.

56 kilos

nacimiento o salvación
la maternidad va conmigo a todos lados

el centro del incendio
tierra fértil
mi vía crucis

en el vientre de mi madre

no puedes
estoy llena de milagro
de sangre que palpita
me envuelvo en el aullido que me cuida.

Negro y Morado. Vasili Kandinsky



en la orilla de un río blanco
hay pedazos que no he perdido
me acerco en silencio a nadar
ahora soy parte de una mujer que camina bajo mis pies

el viento ha de penetrarme la piel
un grito se ha colado en el ojo
yo
 grieta
me clavo como árbol para hacer nacer el hogar.

el reino de los cielos
crece
 aquí

por todos los siglos de los siglos
lo conservo

por favor, reza en silencio

¿quién si no yo allá en mi cruz?

*(abrir en caso de que un pájaro
haya volado alto)*

no despiertes a los vivos
no camines ni de puntitas
deja a tu sombra dormida

el silencio es pequeño

la muerte tiene cara de calambre

Instrucciones para un descenso al infierno

- I. El hueso, el cartílago; el beso de leña; el horno de ladrillo
- II. Armar los barcos, serrar los muelles
- III. Hacer señales con los brazos —como una bandera
- IV. La bomba, el martinete, la gran torre de perforación
- V. Las minas de carbón y todo lo que está ahí abajo
- VI. Musicar la lámina: colocar las tejas
Trabajar el hierro, soplar el vidrio: fabricar los clavos
- VII. Los bastos pensamientos
Innatos
Asomándose en las caras vacías.
- VIII. Curar las casas. Medir, aserrar los maderos
- IX. Las lámparas en la oscuridad, ecos, canciones, cualquier meditación
- X. Altos hornos, fuegos forjadores y montañas
O junto a las riberas de los ríos.

Kárman Van Vortex

Söka asyl från paradís (och hamna i eden)

L.

El mundo me toca. Con el dedo

La esquina del ojo.

Yo le toco de vuelta:

Emplazar la transparente manzana

Sobre la tribuna de Dios

Poner un vaso de agua en la lluvia

y luego esperar.



En una escala donde 1 es igual a 1

NADA podría ser verdaderamente real

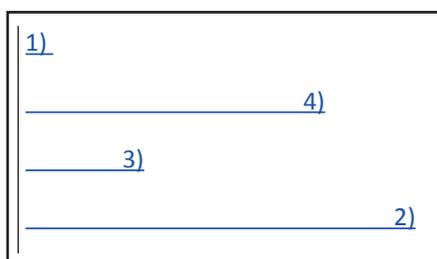
Y hasta es dudable

Que los espejos del fondo del mar nos den en la cara.

Poema visual

- 1) Aquí estábamos nosotros
- 2) Allá estaban ellos
- 3) Aquí volaban cosas
- 4) Allí aves

Aquí Aquiles esquiló al soluble astro.



‘no sé si te has matado antes al espejo’

Dejé la tijera allá atrás

Jeovanny Elorza. Oaxaca 1989. Ha explorado la literatura, la música y las artes plásticas con resultados diversos. Aunque de formación principalmente autodidacta, sus Poemas, Cuentos y Canciones han nacido en la búsqueda de conciliar “Forma y Fondo”, y el deseo de seguir explorando las posibilidades de la palabra escrita y los caminos de la creación insubordinada.

Retrato

Marcelo Jesús Salazar Martínez

Para Juan Carlos

La muerte de mi padre ocurrió unas semanas atrás. Era un hombre de más de setenta años, con el cabello completamente blanco, de figura descompuesta y frágil. Papá se esforzaba al caminar encorvado por el peso de los años y de los sueños no realizados; a veces parecía una sombra apenas, la insistencia de un recuerdo que no quiere dejar de ser. Su rostro dejaba ver las huellas de una vida de trabajo y sufrimiento. Sus ojos claros, fijos, signo de sencillez e inteligencia, mantuvieron su brillo peculiar incluso en los años donde la enfermedad arremetió con más fuerza. Papá siempre olía a café y a cigarro, a perfume de lavanda añeja y al olor de los muebles de madera que construyó a lo largo de su vida.

El funeral se realizó durante la noche, casi un día después de la muerte de su padre. Carlos estaba en la concina, su mirada se perdía en una taza verde y sucia de donde minutos antes había bebido a grandes sorbos un café muy dulce y caliente. Él lo había encontrado en su cama, ya sin vida. Solían trabajar juntos en la tienda de la familia o en un pequeño negocio que habían emprendido juntos. Carlos nació cuando su padre tenía más de cuarenta años, por lo que al ir envejeciendo siempre se sintió responsable de su cuidado. Lo encontró sobre su cama, bocarriba, con los ojos entreabiertos, con una mirada en la que todavía se notaba un poco de tristeza. Las cortinas color

vino, entrecerradas, impedían el paso de la luz que intentaba penetrar por el ventanal manchado y deteriorado. Por primera vez, Carlos se percató de lo sucio y viejo que lucía el cuarto de sus padres.

Se quedó unos minutos sentado en la cama contemplando el rostro de su padre. Su expresión casi infantil le recordó los años cuando él lo cargaba en sus hombros; se acordó, en particular, de la tarde en que asistieron a ver un partido de fútbol. Al terminar, su padre lo llevó en hombros por una de las calles principales de la ciudad. Hasta ese momento, Carlos recordó que el camino de regreso a casa lo habían hecho durante la noche y que esa fue una de las últimas veces en que toda su familia estuvo junta. Le era casi imposible de creer que aquella figura que siempre le había dado seguridad ahora yaciera tan indefensa sobre una cama que lo hacía ver más pequeño de lo que era. En la expresión y rasgos de su padre, Carlos se notó a sí mismo y creyó vislumbrar cómo serían su decadencia y propia muerte.

La casa era una construcción de mediados del siglo pasado. El portón negro daba paso a un patio largo donde el mayor atractivo eran las paredes cubiertas de enredaderas y algunas fotografías a modo de cuadros. Los diferentes cuartos de la casa estaban organizados de manera consecutiva, primero la sala, después la cocina y, por último, el comedor. Años más tarde, Carlos

construiría un segundo piso justo encima del comedor, donde se instalaría con su familia, su esposa y dos hijos (un varón y una niña que ya no conocería a su abuelo).

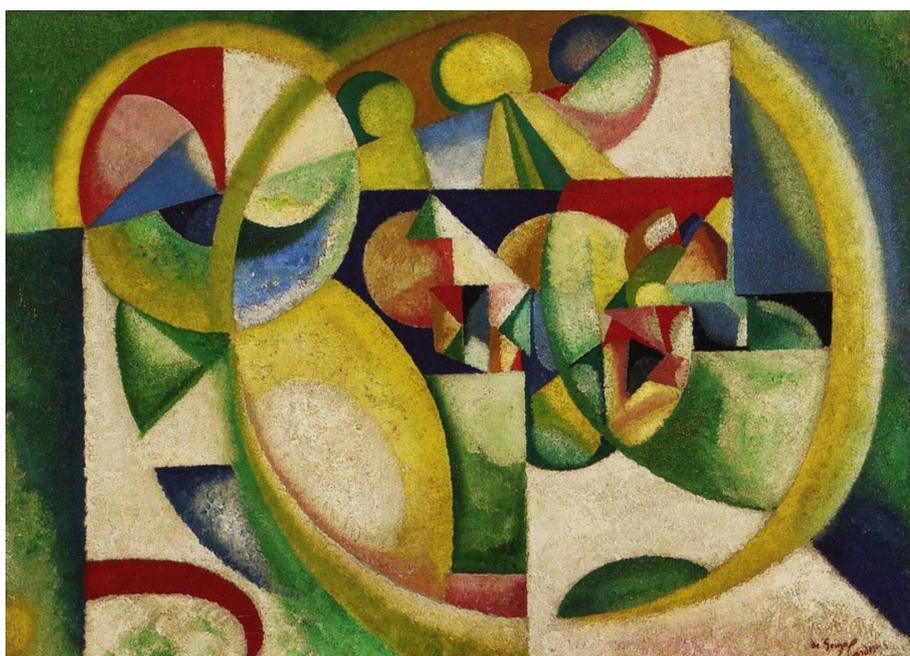
Recuerdo a papá sentado en uno de los sillones de la sala, con la luz de la casa apagada y escuchando música, ya fuera la radio o algunos de los discos que le regaló el abuelo. La luz de su cigarro se movía como una luciérnaga de arriba abajo trazando un mapa en torno de su figura siempre sin camisa. Era común verlo así todas las noches en que mi madre se quedaba en su cuarto a ver televisión o salía a comprar alimentos.

A medida que el pueblo iba creciendo, las casas donde alguna vez vivieron amigos y familiares se convirtieron en pequeños negocios que transformaron las calles. Empezaron a verse tiendas de aparatos electrónicos y almacenes de ropa que cambiaron la fisonomía del pueblo. Papá y yo solíamos recorrer juntos las calles, él me contaba dónde había estado una cafetería o un antiguo bar. Las bardas de piedra, los portones grandes y los árboles que resguardaban en su interior se transformaron en estacionamientos y en grandes textileras. Conforme el pueblo iba cambiando, me

di cuenta de que mi padre ya no era el mismo, su fuerza y vigor habían disminuido enormemente. Al mirarme al espejo, yo era la imagen y sustancia de mi padre, la única que reconocí a lo largo de toda mi infancia.

Conforme pasaron los años comencé a preocuparme por el vicio de papá. Se hizo muy frecuente escucharlo toser hasta tener que apoyarse en una silla o sentarse para poder recuperar el aliento. Mamá le insistía que dejara de fumar y que fuera al médico, pero él nunca lo aceptó. Se distraía con su trabajo y con platicar con las personas con las que había crecido y que se topaba a todas horas en la calle.

Una mañana, papá no salió a trabajar a la hora acostumbrada, tuvo un acceso de tos que lo debilitó tanto que tuvo que recostarse. Cuando mamá le acercó un pañuelo para que se limpiara la boca, mi padre escupió unos coágulos de sangre y tuvo dificultad para respirar. Fue la primera vez que vi sus ojos nublarse. Papá y yo acostumbábamos hacer los anuncios juntos; recorrer el pueblo en nuestro auto nos daba la oportunidad de platicar de aquellas cosas que él no quería que yo le contara a mamá por ser “cosas



Estudio B. Amadeo de Souza Cardoso



Número 16. Jackson Pollock

de hombres”. Sin embargo, esa mañana tuve que hacerlo solo. Mirar el asiento del copiloto vacío me hizo pensar, por primera vez, en la posibilidad de que mi padre ya no volviera a estar conmigo.

No obstante, después de unos días, su salud mejoró y volvimos a la rutina de los anuncios como siempre lo habíamos hecho. Papá llegó tarde, poco después de la hora de cenar. Cuando se sentó a la mesa se limpió el sudor con un pañuelo de color gris visiblemente sucio. Lo miré durante unos minutos, su rostro cansado, marcado por las arrugas, se notaba optimista, con unas ganas inusuales de vivir. Sin saberlo, esa fue nuestra última cena, papá moriría la tarde siguiente.

Mi padre no acabó sus estudios, pero eso no impidió que se convirtiera en un hombre inteligente. Todas las tardes me ayudaba con mi tarea; después de terminarla íbamos al mismo parque para jugar con mi pelota. Para ver a papá, siempre tenía que mirar hacia arriba; su cara llegaba hasta el cielo. Qué grande era mi padre.

Papá fue enterrado en el panteón del pueblo a las doce y media de la tarde. Mi padre fue un hombre conocido por todo el pueblo, no obstante, ese día asistió menos de la mitad de las personas que lo saludaban por las calles y mucho menos de la mitad de aquellos a los que él consideraba sus amigos. Noté, por primera vez en mis más

de treinta años que, al igual que a papá, muchos me saludaban en las calles y bares, pero muy pocos me conocían realmente. Cuando llegamos al cementerio me dijeron que ese día no había maquinaria ni ningún trabajador que nos ayudara a cavar la fosa. Sin camisa, con el sol golpeándome la espalda y la cabeza, y con las manos lastimadas por las llagas, terminé el último lugar que mi padre habitaría. A la una de la tarde, de mi padre solo quedó la tierra de su tumba ensuciando mis zapatos visiblemente desgastados. La vida que tantas veces me pareció inmensa ahora cabía en una fosa cavada con mis propias manos. Sin embargo, seguía siendo igualmente sobrecogedora.

Por la tarde, después del entierro, Carlos se quedó algunas horas en la cocina; la taza verde de la que había bebido café la noche anterior seguía ahí. El curso de las cosas, de la casa, de la tarde, todo continuó igual, sin el menor cambio. Esa idea lo entristeció profundamente.

A las diez y media de la noche, cuando la oscuridad se había instalado por toda la casa, Carlos recordó la última cena con su padre, su risa cálida, sus planes para las semanas próximas; lo vio, como casi cada noche, sentado en uno de los sillones de la sala escuchando música con la luz apagada. De pronto, creyó escuchar que la puerta de la sala se abría; al alzar la mirada vio

la figura encorvada de su padre atravesar la sala en penumbra y subir las escaleras. Carlos se levantó con un movimiento rápido y torpe provocando que la taza cayera al suelo manchando de café el mantel y el piso. Subió las escaleras y alcanzó a ver a su padre entrando a su cuarto. Con pasos lentos, avanzó los pocos metros que había entre la escalera y la recámara de sus padres; al llegar al cuarto se detuvo en el umbral de la puerta; observó que la cama de sus padres había sido hecha y que todo estaba en su lugar. Llamó a su padre, pero nadie le respondió, su voz entrecortada se perdió en la negrura de la noche. Mientras avanzaba, se topó con su ropero; Carlos posó la mano en las camisas de su padre. *Papá nunca dejó de usar estas camisas tan gastadas, las usaba en el trabajo que hacía en casa y a veces las llevaba al hacer los anuncios.* Mientras contemplaba las camisas y zapatos de su padre, escuchó que alguien le hablaba. *No llores, niño.* La voz hizo que Carlos volteara hacia la derecha donde estaba el espejo y la cómoda de su madre. Cuando Carlos se acercó para poder abrazarlo, el espejo le devolvió la imagen de un hombre de más de treinta años, con la ropa sucia y con los ojos claros y fijos, los ojos de un hombre sencillo e inteligente. Carlos notó por primera vez lo mucho que se parecía a su padre.

Marcelo Jesús Salazar Martínez es egresado de la maestría en Literatura Hispanoamericana y licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica, ambas por la BUAP. Ha publicado ensayo y narrativa en distintos espacios digitales y es autor de contenido educativo. Se ha desempeñado como docente y tallerista de literatura y escritura creativa.



Xavier Okari (México 1996). Estudiante de la licenciatura de Ingeniero Arquitecto del Instituto Politécnico Nacional, Ilustrador *Freelancer* desde 2020, con estudios en dibujo arquitectónico, dibujo tradicional, acuarela, dibujo digital y modelado 3D, con republicaciones en medios digitales como *Fly City Unlimited* e *Inspirart*.